



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

22.- La hija de la mujer sirofenicia



unánimes

Estudios Bíblicos

N.22.- La hija de la mujer sirofenicia

1. El texto

Mateo 15:21-28

Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea que había salido de aquella región comenzó a gritar y a decirle:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.

Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron diciendo:

—Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

Él, respondiendo, dijo:

—No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo:

—¡Señor, socórreme!

Respondiendo él, dijo:

—No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

Ella dijo:

—Sí, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

Entonces, respondiendo Jesús, dijo:

—¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.

Y su hija fue sanada desde aquella hora.

2. Introducción

El presente texto también se encuentra en el evangelio de Marcos y ambos relatan esencialmente la misma historia. Además, el espacio que se le dedica al relato es más o menos el mismo, sólo que Marcos tiene unas pocas palabras menos. En ambos relatos, Jesús ha dejado el lugar de su residencia, posiblemente Capernaum y llega a las cercanías de Tiro. Allí una mujer no judía de aquella región clama a Él pidiendo ayuda porque su hija está poseída por un demonio. La madre de la niña es muy insistente en su demanda. Jesús no le concede de inmediato su deseo. Le dice, “No es correcto tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros”. Ella responde, “aun los perros debajo de la mesa comen algunas de las migajas de los hijos”. Jesús elogia su fe y le otorga su petición.

Cada uno de estos dos evangelistas hace su propia contribución a esta historia, pero no se produce conflicto alguno. Cada uno usa su propio estilo y presenta los sucesos de acuerdo

a las necesidades de sus lectores. Mateo identifica a la mujer como cananea. Los judíos que leían el Evangelio de Mateo habían oído mucho acerca de esta gente impía. Los cananeos causaron muchos problemas en los días de Josué e incluso más tarde. ¿Qué? ¿También para ellos hay salvación? El relato de Mateo es algo más dramático que el de Marcos. La mujer llama a Jesús “Señor, Hijo de David”, y le ruega “ten misericordia”. Literalmente dice: “—¡Señor, ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.”

Aunque desde el principio mismo ella identifica su pena con la de su hija (“Ten misericordia de mí, mi hija ...”), el proceso de identificación aumenta en intensidad, llegando a su clímax cuando la madre deja de mencionar a la hija y simplemente exclama: “¡Socórreme!”. Según Mateo, la mujer le habla a Jesús tres veces por separado y cada vez el evangelista reproduce sus palabras en discurso directo. Marcos reproduce sólo dos de sus líneas y sólo una vez por medio de discurso directo. Mateo introduce a los discípulos. Como es característico de ellos, le piden a Jesús que la despida. Marcos nunca menciona a los discípulos en su relato. Mateo dice que, al principio, Jesús no respondió a la suplicante mujer y que después le dijo, “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. En vista de la gente a quienes Marcos escribe, no nos sorprende que Marcos no registre ese detalle.

Marcos hace su propia y valiosa aportación. Aunque él mismo no era un apóstol, con toda seguridad había oído a Pedro relatar la historia. Para mostrar cuán “famoso” había llegado a ser Jesús en aquel momento, Marcos informa que, aunque al llegar a la región de Tiro, el Maestro entró en una casa buscando privacidad, “no pudo pasar inadvertido”. Marcos informa también que la mujer era griega, es decir, gentil de nacimiento, con antecedentes paganos y de nacionalidad sirofenicia. Estos pequeños detalles eran apreciados por los lectores gentiles para quienes Marcos escribió este Evangelio. Este evangelista muestra más claramente que Mateo, que cuando Jesús compara la situación de la mujer con la de los perrillos, no quería con esto cerrar completamente la puerta de su esperanza. La estaba dejando claramente entreabierta. Marcos, también a diferencia de Mateo, relata incluso lo que sucedió después que la madre volvió a su casa: halló a la niña acostada en cama y que el demonio la había dejado.

3. ¿Dónde ocurrió el milagro?

Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.

Esta vez Jesús se retira o se aparta a un territorio definitivamente gentil. Es claro que sale de la tierra de Israel. Esta vez no son los extranjeros quienes acuden a Él; Él mismo sale a ellos. Pero esta acción de salir hacia ellos no comienza inmediatamente. Primero entra en

una casa con el propósito de estar temporalmente oculto, pero “no podía permanecer oculto”.

4. **La mujer cananea**

Entonces una mujer cananea que había salido de aquella región comenzó a gritar y a decirle:

—¡Señor, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.

Notemos en primer lugar la actitud reverente de la mujer hacia Jesús. Ella llama a Jesús “Señor” y añade “Hijo de David”, honrándolo como que es ciertamente el Mesías prometido. Se destaca el gran contraste entre la incredulidad de los judíos de Jerusalén y la fe de esta mujer que nació gentil (no judía).

En segundo lugar, consideremos su agonía. Ella está gritando constantemente, o “una y otra vez”, como implica el tiempo en griego. La razón para su desesperación es el hecho de que su hijita está poseída de un demonio. Además, la aflicción de la niña es muy grave y penosa.

5. **¿Cuál fue la reacción inmediata de Cristo?**

Pero Jesús no le respondió palabra.

Hubo un absoluto silencio de su parte. Actuó como si ni siquiera la hubiera oído. Un poco más adelante se dirá más acerca de esta aparente (no es real) indiferencia de parte de Jesús.

6. **Los discípulos**

Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron diciendo:

—Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

Ningún argumento sólido apoya la teoría de que los discípulos querían decir: “Concédele lo que pide, y despáchala”. Evidentemente estos hombres consideraban a esta mujer una gran molestia por el hecho de que los seguía gritando constantemente.

7. **La respuesta de Jesús**

Él, respondiendo, dijo:

—No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

En esta conexión es importante tomar nota no solamente del hecho de que Jesús parece permanecer inexorable en su negativa a ayudar a esta mujer, sino también del hecho de que tampoco prestó atención al pedido urgente de sus discípulos. A veces se olvida esto. Sin

embargo, es muy importante. Uno podría aun decir que la negativa del Señor a prestar atención tiene el propósito de alcanzar a los discípulos más que a la mujer. Aunque las palabras dirigidas a ella parecen duras, por lo menos Él sigue tratando con ella. Aun rompe el silencio y ahora conversa con ella. Pero en cuanto a la sugerencia de los discípulos, ni siquiera la considera digna de una respuesta. Uno también podría decir: Supongamos que las palabras del Señor fueran también para los discípulos—¿no era éste el ministerio mismo durante el cual Jesús les estaba enseñando? —queda el hecho de que Jesús por la misma acción relatada rechaza la urgente petición de ellos. Pero no rechaza la petición de la mujer, aun cuando pareciera hacerlo.

Jesús desea dejarlo completamente claro a todos que la apertura de par en par de las puertas para la entrada de los gentiles en el reino de los cielos es un asunto que corresponde al futuro. En cuanto al presente, su misión es hacia quienes denomina tiernamente “las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

8. La desesperación de la mujer

*Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo:
—¡Señor, socórreme!*

La actitud de reverencia de la mujer y su amarga agonía, se ven claramente en este texto. Mateo la describe vívidamente en el acto de adorar a Jesús, quizás aun postrándose repetidas veces a los pies de éste. Un tercer rasgo se suma ahora a los ya enumerados, a saber, el intenso amor de la mujer por su hijita. Antes ella había hablado de su “hija”. Ahora, aquí, en el calor de su ruego agonizante dice: “socórreme”. Ella y su hija son inseparables. Es en ese sentido que podemos decir que ella se identifica con su hija. ¿No es esta una de las principales características de la oración intercesora efectiva, esto es, absorberse de tal modo en las tribulaciones y problemas de otros que esas experiencias en un sentido lleguen a ser nuestras?

9. La nueva respuesta de Jesús

*Respondiendo él, dijo:
—No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.*

Por el momento la respuesta del Señor está lejos de ser alentadora. La palabra traducida “perros” (kynariois) no es la usada como perro grande, salvaje y feo que ronda las basuras que se arrojan en la calle (kysin), sino los perros bien cuidados en hogares en calidad de mascotas. Jesús ya ha llamado la atención de la mujer al hecho de que no ha sido enviado a los que están fuera de Israel. Siguiendo la misma línea, ahora añade que no sería correcto dar las bendiciones de Israel—las bendiciones que corresponden a “los hijos”— a quienes

no pertenecen a Israel. Después de todo, los perros, por mucho que los quieran sus amos, no son hijos y no tienen derecho de ser tratados como hijos.

Probablemente éste sea el lugar adecuado para hacer frente a la pregunta: ¿Por qué tardó tanto Jesús en dar a esta mujer la ayuda que ella necesitaba tan desesperadamente? Las respuestas que se dan a esta pregunta varían ampliamente. La vieja respuesta es “para probar la fe de ella”. Si esta respuesta es satisfactoria o no depende de lo que se quiera decir por probar la fe. Otra respuesta es que, puesto que solamente hacia el final de la historia Jesús llega a tener la disposición de conceder la enfática petición de esta mujer, Él tiene que haber cambiado de parecer en el último momento; de ahí la tardanza. Esta respuesta es inaceptable por las siguientes razones:

- a. Si hubiera sido así, ¿por qué no accedió al repetido consejo de sus discípulos en el sentido de despedirla?
- b. No se registra otro caso en que Jesús se negara a atender a una petición de ayuda ferviente, humilde y sincera. Tener desde el comienzo mismo la intención de rechazar la petición de la mujer habría sido completamente improbable en Cristo como nos es revelado en las Escrituras.

A fin de llegar a la respuesta correcta a nuestra pregunta, probablemente sea necesario, en primer lugar, tomar nota del hecho de que la “tardanza” de Cristo—si podemos llamarla así—en acceder a la petición de la mujer no es única. Es uno de los muchos casos en que no se contestan inmediatamente las peticiones. Veamos algunas otras:

- a. Abraham y Sara tuvieron que esperar largo tiempo antes que finalmente recibieran a Isaac.
- b. Cuando el “padre de todos los creyentes” recibió la orden de ofrecer a Isaac en holocausto, le llevó lo que debe haberle parecido un largo tiempo antes de descubrir que su hijo, a quien amaba intensamente, no iba a ser literalmente sacrificado.
- c. ¿No expresa David su desaliento porque Dios no respondió inmediatamente sus oraciones?

Y pasando ahora al Nuevo Testamento para llamar la atención a sólo unos pocos casos de los muchos que se podrían citar,

- a. ¿no parecía que Jesús iba a llegar demasiado tarde a la casa de Jairo para sanar a su hija?
- b. ¿No pareció por el momento a los dos ciegos que Jesús era indiferente a su clamor?
- c. Si Jesús sabía exactamente lo que iba a hacer en cuanto a dar de comer a la multitud hambrienta—y la Escritura afirma que sí lo sabía—entonces, ¿por qué no se lo dijo inmediatamente a Felipe, en vez de decirle: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?”.
- d. ¿Por qué leemos “Cuando (Jesús) oyó que (Lázaro) estaba enfermo, ¿se quedó dos días más en el lugar donde estaba?”.

En varios casos se revela claramente la razón o por lo menos es sugerida en el contexto; por ejemplo, Abraham “se fortaleció en fe”. A Jairo le dijo: “No temas, cree solamente”. En conexión con Felipe leemos: “Esto decía para probarle”. Y en conexión con Lázaro, el Señor dice a los discípulos: “Me alegro por vosotros de no haber estado allí”. Evidentemente, resucitar a un Lázaro de entre los muertos iba a ser un medio mucho más efectivo para el fortalecimiento de la fe que sanar a un Lázaro enfermo.

Con toda probabilidad se podría aplicar el mismo razonamiento en conexión con la mujer sirofenicia o cananea. Jesús demoró en oírla porque quería dar a la fe de ella la oportunidad de una expresión mucho más gloriosa.

10. La expresión gloriosa de la mujer

Ella dijo:

—Sí, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

A las tres cosas que hemos dicho acerca de ella, ahora se añade una cuarta, su humildad. Ni siquiera se resintió por ser comparada con un perro casero en contraste con un hijo. Ella acepta su posición de inferioridad.

La quinta observación que hacemos de ella es su viveza y su ingenio. Ella convierte la palabra de aparente reproche en una razón para estar optimista. Transforma la derrota inminente en una victoria jubilosa. Es como si estuviera diciendo: “¿Se me compara con un perro? Acepto lo que se implica en la comparación. Y no sólo lo acepto, me gozo en ello, porque ciertamente los amos buenos no permiten que sus perros mueran de hambre. Les permiten comer las migas que caen de la mesa”.

Es evidente también, en sexto lugar, la firme fe que Dios le ha dado en Jesús, a quien ella ha confesado como su Señor y Mesías.

En séptimo y último lugar, siempre recordaremos a esta mujer por su perseverancia, cualidad que se puede considerar por separado o en combinación con su fe (su fe perseverante).

En cuanto a esta perseverancia hay que notar lo siguiente. Se ha dicho que aquí Jesús se está apartando del principio que Él mismo ha expresado. Está haciendo una excepción a la regla, ¡como si esto fuera malo!: “Sólo a la casa de Israel he sido enviado”. Bueno, en un sentido estaba haciendo una excepción, una maravillosa excepción, por cierto, porque ciertamente esta mujer era una griega, una gentil. Sin embargo, en un sentido diferente no estaba haciendo excepción alguna, como se hará evidente cuando consideremos que ella triunfó a pesar de:

- a. el silencio inicial de Jesús
- b. su aparente frialdad y sus palabras de aparente reproche
- c. la indiferencia de los discípulos (“Despídela”).

Ahora, ¿no se trataba de una manifestación de decidida perseverancia frente a la oposición (“No te dejaré ir si no me bendices”) muy similar a esta lo que cambió a “Jacob” en “Israel”? Entonces esta mujer era en ese sentido una verdadera israelita.

11. Jesús concede el milagro

Entonces, respondiendo Jesús, dijo:

—¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.

Y su hija fue sanada desde aquella hora.

El amor divino es tan infinito y maravilloso que llega a elogiar a un ser humano, una mujer, por ejercer un don—en este caso la fe—con que este mismo amor la ha dotado y que sin la actividad divina no podría haber entrado en acción en ella.

El elogio que recibe esta mujer no puede dejar de recordarnos el encomio con que Jesús elogió al centurión a quién le sanó al siervo. Aquí, ¿no hay una predicción del momento en que se abrirán ampliamente las puertas para la recepción de los gentiles en el reino de los cielos, momento que se aproximaba rápidamente?

Notemos también que la bendición otorgada a la mujer ni siquiera se puede concebir sin aquella con la que su hija fue favorecida. Cuando la mujer recibió lo que deseaba, esto significaba que la hija del mismo modo recibía lo que necesitaba. ¡Fue sanada inmediata y completamente! Además, estas bendiciones no quitaron el “pan” a los “hijos”.

12. Conclusión

Este pasaje tiene unas implicaciones tremendas. Aparte de todo lo demás, describe la única ocasión en que Jesús salió del territorio judío. La significación suprema del pasaje está en que prenuncia la salida del Evangelio a todo el mundo; nos muestra el principio del fin de todas las barreras.

Para Jesús este era un tiempo de retirada deliberada. El fin se aproximaba y Él quería estar un poco tranquilo para prepararse para el final. No era tanto que quisiera prepararse Él mismo, aunque sin duda eso también lo tendría en mente, sino más bien quería disponer de algún tiempo para preparar a Sus discípulos para el día de la Cruz. Había cosas que tenía que decirles y que tenía que hacerles entender. No había ningún lugar en Palestina donde pudiera estar seguro de que le dejaran tranquilo; dondequiera que iba, le encontraba la gente. Así es que se fue al extremo Norte de Galilea, y de allí pasó a la tierra de Tiro y de Si-

dón donde vivían los fenicios. Allí, por lo menos por algún tiempo, estaría a salvo de la maligna hostilidad de los escribas y fariseos y de la peligrosa popularidad de la gente, porque ningún judío se atrevería a seguirle a territorio gentil.

Este pasaje nos presenta a Jesús buscando un tiempo de tranquilidad antes de la conflagración del final. Esto no es una evasión en ningún sentido, sino la preparación que hizo Jesús de sí mismo y de sus discípulos para la batalla final y definitiva que habría de producirse muy pronto.

Pero hasta en esas regiones extranjeras Jesús no se vería libre de las demandas clamorosas de la necesidad humana. Allí estaba una mujer que tenía una hija gravemente asediada. Tiene que haber oído algo de las obras maravillosas que realizaba Jesús y se puso a seguirle clamando desesperadamente por ayuda. Al principio parece que Jesús no le hace ningún caso. Los discípulos se sentían incómodos, y le dijeron: «Dale ya lo que sea, para que nos deje en paz.» La reacción de los discípulos no era de compasión precisamente, sino todo lo contrario: aquella mujer les resultaba molesta y lo que querían era librarse de ella lo más pronto posible. Conceder una petición para librarse del solicitante que es, o puede llegar a ser, una molestia para uno es una reacción de lo más corriente; pero es muy diferente de la respuesta de la piedad, la compasión y el amor cristianos.

Pero para Jesús aquello no era un problema. No podemos poner en duda que se sintió movido a misericordia hacia aquella mujer. Pero era una gentil. Y no sólo eso: pertenecía al pueblo cananeo antiguo, que eran los enemigos ancestrales de los judíos de los que son probablemente descendientes los actuales palestinos.

La mujer sería griega de cultura y por tanto rápida de ingenio para captar la oportunidad. «Es verdad Señor –Le contestó ella-; pero también los perrillos saca algo de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Y los ojos se le iluminaron de gozo a Jesús ante una fe tan indómita, y concedió la demanda, la bendición y la sanidad que ella tanto deseaba.

Hay algunas cosas en esta mujer en las que debemos fijarnos:

- a. **Lo primero y principal es que tenía amor.** Como Bengel dijo de ella: «Hacía suya la miseria de su hija.» Puede que fuera pagana, pero tenía en el corazón ese amor hacia su hija que es siempre el reflejo del amor de Dios hacia Sus hijos. Fue el amor lo que la impulsó a salirle al encuentro a aquel extranjero; fue el amor lo que la hizo aceptar su silencio y sin embargo seguir suplicando; fue el amor lo que le hizo encajar el aparentemente duro rechazo; fue el amor lo que le hizo ver la compasión por debajo y por detrás de las palabras de Jesús. La fuerza motriz del corazón de esta mujer era el amor y no hay nada más fuerte ni más cerca de Dios que esa misma cosa.

- b. **Esta mujer tenía fe.** Una fe que creció en el contacto con Jesús. Empezó llamándole Hijo de David; ese era un título popular y hasta político. Se le aplicaba a Jesús como el gran y poderoso obrador de maravillas, pero todavía sólo en términos de poder y de gloria terrenales. Llegó pidiendo una merced a uno al que tomaba por el hombre más grande y poderoso. Llegó con una especie de superstición, como si acudiera a cualquier mago. Acabó llamando a Jesús Señor. Jesús, por así decirlo, la obligó a mirarle a Él y en Él descubrió algo que no se podía expresar en términos terrenales, porque no era nada menos que divino. Eso era precisamente lo que Jesús quería despertar en ella antes de concederle su petición. Quería que viera que la súplica dirigida a un gran hombre tiene que transformarse en una oración al Dios viviente. Podemos ver crecer la fe de esta mujer al encontrarse cara a cara con Cristo hasta el punto de verle, aunque como a través de la niebla, como El que es. La fe de ella era una fe que adoraba. Empezó por seguirle, pero acabó de rodillas delante de Él; empezó dirigiéndole una petición, pero acabó hablándole en oración. Siempre que venimos a Cristo, debemos empezar por adorar Su Majestad y sólo entonces podremos presentarle nuestra necesidad.
- c. **La mujer tenía una perseverancia indómita.** Era impermeable al desaliento. Muchas personas, ha dicho alguien, acuden a la oración porque no quieren dejar de probarlo todo. No creen realmente en la oración pero no descartan la posibilidad de que sirva para algo. Pero esta mujer vino a Jesús, no como a alguien que a lo mejor la ayudaba, sino como a su única esperanza. Vino con una esperanza apasionada, con un sentimiento de necesidad que clamaba al cielo y con una determinación de no dejarse desanimar. Tenía la única cualidad que es supremamente eficaz en la oración: iba tremendamente en serio. La oración no era para ella una fórmula ritual, sino su manera de derramar delante de Dios el apasionado deseo de su alma, que de alguna manera pensaba que no podía ni debía, ni tenía por qué aceptar una respuesta negativa.
- d. **Esta mujer tenía el don del optimismo.** Estaba rodeada de problemas; tomaba las cosas apasionadamente en serio y sin embargo sabía sonreír. Tenía un corazón soleado. Dios ama los corazones alegres, la fe en cuyos ojos brilla siempre la luz de la esperanza, la fe con una sonrisa que puede disipar las sombras.

De esta mujer podemos aprender muchísimo. Vino a Cristo con un amor gallardo y audaz, con una fe que siguió creciendo hasta arrodillarse en adoración a los pies de lo divino, con una perseverancia indómita que brotaba de una esperanza irrenunciable, con una alegría que disipaba el desaliento. Esa es la manera de acudir a Dios que no puede por menos de encontrar la respuesta a sus oraciones... sea cual sea esa respuesta.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995